

*

OLIVERIO GIRONDO

*

CALCOMANÍAS

[*Poesía reunida 1923-1932*]

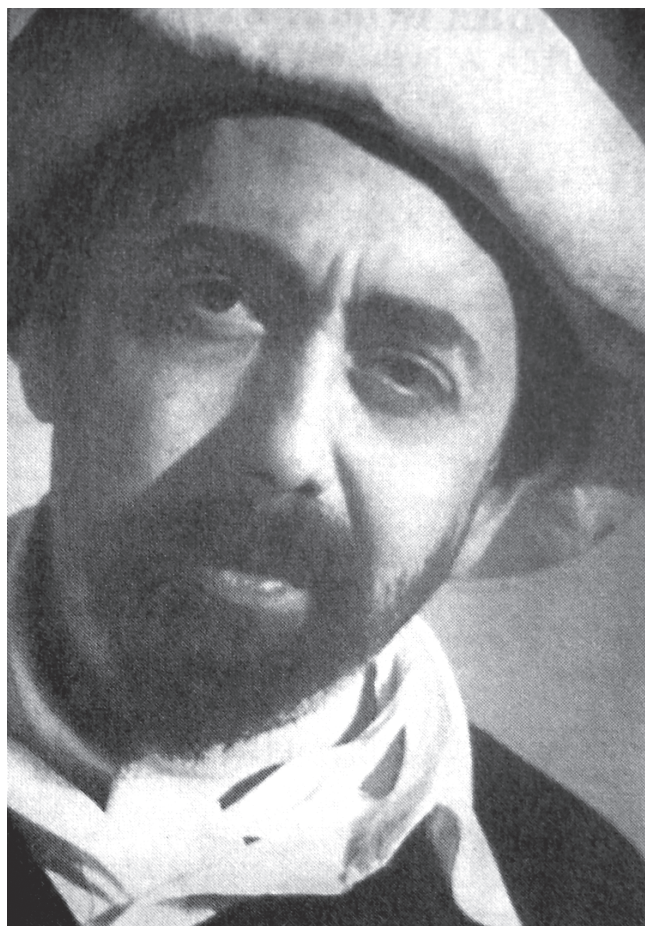


*

R E N A C I M I E N T O

*

CALCOMANÍAS



OLIVERIO GIRONDO

CALCOMANÍAS

[VEINTE POEMAS PARA SER LEÍDOS EN EL TRANVÍA

CALCOMANÍAS • ESPANTAPÁJAROS]

Poesía reunida 1923-1932

Edición y prólogo de Trinidad Barrera



RENACIMIENTO
SEVILLA • MMVII

Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

© 2007. Editorial Renacimiento

© Herederos de Oliverio Girondo

© Edición y prólogo: Trinidad Barrera

Depósito Legal: S. 1.268-2007

ISBN: 978-84-8472-339-4

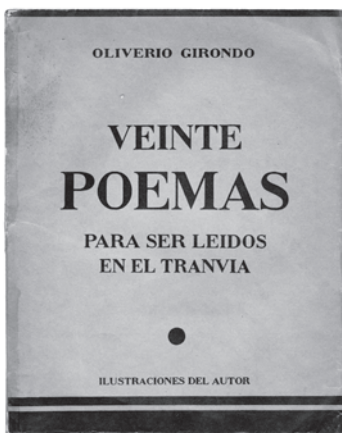
Impreso en España ISBN eBook: 978-84-8472-764-4

Printed in Spain

PRÓLOGO

ELECTRODINÁMICO OLIVERIO

OLIVERIO Gironde nació en 1891, en el seno de una familia acomodada de origen vasco. Entre 1905 y 1922 hizo viajes anuales a Europa, donde a través de Jules Supervielle conoció a muchos escritores, entre ellos los franceses Blaise Cendrars y Paul Morand, con los cuales tendrá paralelismos evidentes en los motivos inspiradores y en la factura de los poemas que componen sus dos libros iniciales, *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (1922) y *Calcomanías* (1925): paisajes en cambio constante, descripciones cosmopolitas, cierta visión entre burlona e irónica. La lectura de los poemas del primero de esos libros permite trazar un recorrido



Cubierta de la primera edición de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*.

temporal que va desde marzo de 1920, fecha de «Croquis sevillano», a abril de 1922, cuando escribió «Lago Mayor» (fechado en Pallanza), el único poema de ese último año; los diecinueve restantes pertenecen a 1920 y 1921.

En Girondo, el viaje no es nostalgia de espacio ni experiencia

de exilio, es más bien un intento de fijar el color local. Se registran objetos y sujetos para elaborar una especie de guía del mundo moderno: unidades plásticas y semánticas, poemas y bocetos que, con frecuencia, inmovilizan la acción o abusan de las paradojas visuales. Se advierte el sentido deportivo de la vida, el afán universalista, la disposición tipográfica peculiar, los elementos disonantes, el culto a la metáfora, pero sobre todo llama la atención el tono caricaturesco, corrosivo, que nos permite hablar de un remozamiento peculiar de

la sátira: ambigüedad y ambivalencia, elevación y rebajamiento, comicidad e ironía, parodia y deformación; toda una gama de influencias de la tradición popular satírica asimilada por la literatura: «Las chicas de Flores, tienen los ojos dulces, como las almendras azucaradas de la Confitería del Molino, y usan moños de seda que les liban las nalgas en un aleteo de mariposas» («Exvoto»). Con frecuencia estos poemas insisten en la deformación de la imagen del cuerpo del personaje: «Brazos. / Piernas amputadas. / Cuerpos que se reintegran. / Cabezas flotantes de caucho» («Croquis en la arena»).



Oliverio Girondo, por Centurión, en la revista *Martín Fierro*, nº 1 (febrero 1924).

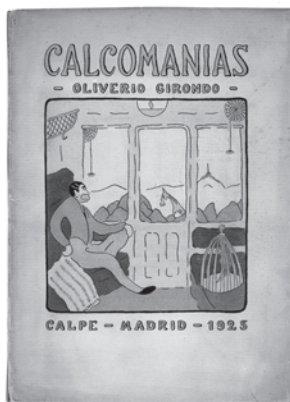
Diversas ciudades francesas, incluida París, algunas italianas, con preferencia por Venecia, y además Río de Janeiro, Dakar, Buenos Aires y Mar del Plata, confirman reiteradamente la condición de libro de viaje de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, determinado por la selección de ese turista que es el

escritor. Especial interés ofrecen los poemas inspirados por Sevilla, ciudad en la que pareció centrarse la atención de Gironde durante su primera visita a España, en 1920: «Croquis sevillano» y «Sevillano» inciden en fijar elementos característicos del tipismo de la ciudad; en el primero alude al sol ardiente, la arquitectura de sus casas, el olor de azahar... en suma, una primavera que «altera la sangre» hasta hacer que sus mujeres tengan «los poros abiertos como ventositas y una temperatura siete décimas más elevada que la normal». Mujeres, chulos, perros, jamelgos, curas, responden a unos estereotipos prefijados por la tradición literaria que la retina del argentino descoloca, invierte y mezcla. Las pinceladas urbanas definitivas de esta ciudad son posibles gracias al intercambio de cualidades entre sus componentes, como en los «perros con caderas de bailarín» y los «chulos con los pantalones lustrados al betún».

Gironde volvería en 1923, y los poemas dedicados a Tánger y a Gibraltar apenas matizan la inspiración ya netamente española de *Calcomanías*, libro publicado en Madrid y en el que Toledo, El Escorial, la Alhambra o la sevillana calle de Sierpes daban pie a «tarjetas postales» inolvidables. Precisamente el titulado «Escorial»,

dedicado a José Ortega y Gasset, y además «Juerga», dedicado a Eugenio d'Ors, habían visto la luz como adelanto inmediato en la *Revista de Occidente*, revista en la que aparecería también la reseña del libro, firmada por Benjamín Jarnés. El volumen se cerraba con una peculiar crónica de la Semana Santa sevillana, en

la que Girondo volvía a mostrar su capacidad para la sátira. Su ataque iba dirigido a las convenciones sociales y religiosas mediante un proceso de rebajamiento de lo sublime o de sublimación de lo bajo. Desde la broma sobre la vida diaria y la rutina, hasta la lógica del absurdo, el argentino irá afilando las armas del humor, la ironía y el juego, encaminado a mantener el principio que encabezaba *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*: «No hay prejuicio mas ridículo que el prejuicio de lo SUBLIME». Entre autor y mundo se establece una relación de complicidad, no se pretende corregir, sólo seña-



Cubierta de la primera edición de *Calcomanías*.

lar incongruencias, haciendo de cada acto vital una forma de poesía.

En 1924 Girondo hacía unas declaraciones a la revista *Varietades* de Lima que precisaban la intención de esos poemarios iniciales: «Mirar con nuestros propios ojos actuales el espectáculo cotidiano. Ver lo que hay de emocionante, de patético, de inédito, de grotesco en unos guantes, en un farol, y que farol o guantes si lo deseamos transporten nuestra arbitrariedad con el confort de un trasatlántico». En 1925 Guillermo de Torre, el impulsor del ultraísmo español, publicó en la revista *Proa* un largo artículo sobre esos libros donde señalaba la importancia de las imágenes, el humor, la ironía, su «kodak de turista», su «curiosidad cosmopolita», su visión de la España más conocida y prevista, su lenguaje genuinamente americano y su relación con Ramón Gómez de la Serna. Pese a que Girondo siempre aseguró que en su formación literaria de aquellos años tenía mayor importancia la literatura francesa que la española, su relación con Gómez de la Serna no pasaba inadvertida: la greguería –esa suma de metáfora y humor, como la definió Ramón– es un enlace claro entre ambas estéticas, fundamentalmente en los poemarios iniciales

de Gironde, y también en los famosos «Membretes» que éste publicaría en la revista *Martín Fierro*. Ambos sintieron el influjo del escritor francés Guillaume Apollinaire y entronizaron el uso de la metáfora y de la imagen como instrumentos para descifrar el significado profundo de la realidad.

En relación con la huella francesa en sus dos primeros libros, es indudable que la que se siente más cercana es la de Paul Morand (1888-1976).

Diplomático y de clara vocación cosmopolita fue este escritor francés que, como diría Umbral, se «nicotina de modernidad y vagabundeo». Su carrera diplomática le permitió intuir cada viaje como una nueva vida, «con un nacimiento, un crecimiento y una muerte en el interior de la otra». Las conexiones que Gironde mostró fueron deudoras especialmente de los dos primeros libros de Morand, *Lampes à arc* (1919) y *Feuilles de température* (1920). Entre



Gironde, por Güiraldes, en la revista *Martín Fierro*, n° 36 (diciembre 1926).

los rasgos comunes que advertimos en ambos están el snobismo, el placer del viaje unido a la curiosidad inagotable por conocer lugares, la mirada de poeta sintético, la fascinación por la novedad, el laconismo de las descripciones, una poesía que está hecha a base de imágenes, entronizándolas frente a la música, pero también el detallismo al lado de una escritura que parece provenir de notas rápidas, tomadas al hilo de una visión. A veces incluso detectamos la fijación en los mismos lugares: «Mediodía en Gibraltar»:

*En la batería del Príncipe de Gales,
cercado por los cactus ortopédicos,
un mortero victoriano
empollando sus balas de cañón sin abrir,
ofrece
una grupa espesa
a la reverberación del cemento, a mediodía.*

*El impalpable carbón de las bodegas sube hasta aquí
y cubre los lirios blancos.*

*Mientras tanto
en la estación de T.S.F.*

*el operador con cabellera de níquel
se sienta ante su teclado,
ya que de repente hay una crepitación
(como un aplastar escarabajos secos).*

*Mediodía. Angelus radiotelegráfico.
Llega Nauen,
llega Carnavón,
también Aranjuez.*

*Con grandes zancadas, las ondas van hacia las antenas de
Gibraltar
que tiene forma de león.
Por encima del lomo mellado de la vieja roca
las palabras juegan.
Indiferente,
la fiera deja que se alojen en su pelada melena
y se ríe de dar cobijo
a los sueños de amor internacional del Presidente Wilson,
para él
insignificantes como piojos.*

(Lampes à arc, en adelante LA)

nos lleva a «Gibraltar» (*Calcomanías*, en adelante C); del mismo modo «Lock-out en Toledo»:

*Un perro persigue un olor delante
de la fábrica abandonada.
Distendidas, las correas de transmisión
flotan en las corrientes de aire.
Manómetros, insectos muertos.
Desde hace diez y siete días
un disco corta las vías férreas,
decapitando la llegada de los vagones rojos
que bajaban el mineral asturiano,
rebaño perdido
en las vías muertas.
Taquillas enrejadas, almacenes cerrados, conventos.
Las placas giratorias miran el cielo
con inmóviles ojos ciegos.
El Tajo lleva en su minio
las imágenes muertas
del Alcázar
y de la IBÉRICA METAL SOCIEDAD.
La ciudad ha arrojado sobre la fábrica un abandono
Felipe II
y la fábrica vierte por las calles huecas,
sobre las llanas plazas,
sus cabezas sindicadas
tristes por sus hornos sin humo
y un alba sin sirenas.*

(Feuilles de température, en adelante FT)

nos traslada a «Toledo» (C) mientras que en otras ocasiones la mirada se fija en características comunes entre ciudades como es el caso de los juegos de azar que unen «San Sebastián» (LA):

*Las tres y cuarto. ¡Qué hora tan estúpida!
A través de las losas de vidrio
el jazz-band me cosquillea los pies.*

*San Sebastián ofrece su cuerpo vasco
a las flechas de las viejas jugadoras
ávidas de un pleno
pero ¿Quién nos devolvería 35 veces nuestra apuesta
sino los santos?*

*La bola rueda como una cinta de ametralladora,
cantando esta falsa nana que es el azar.*

*La ciudad está inscrita en el círculo de la bahía
y en el círculo del Casino,
como un cuerno,
del que fluye la abundancia.*

*Los peces vienen a comer
hasta la boca de las cloacas.
En el fondo de las conchas sonoras,
se oyen las voces de los croupiers belgas.*

*Las mansiones se aprietan a lo largo del paseo
como incisivos,
mientras arriba,
como negras muelas descarnadas,
los Conventos de los Jesuitas
mastican un paisaje de montañas.*

con «Biarritz» (*Veinte poemas*, en adelante VP).

Uno de los primeros críticos en señalar este vínculo fue el siempre atento Enrique Díez-Canedo quien en 1923 dejó dicho:

Oliverio Gironde es un poeta de gran valor. Sitúase entre los de más modernas tendencias a alguna distancia de las que predominan entre nosotros. Toda esta poesía es de abolengo francés: Apollinaire, Reverdy, Cocteau, los dadaístas. Gironde no profesa un lirismo sibilino ni cae en una disolución nihilista del pensamiento y la palabra. Si a alguien recuerda es a Paul Morand. Es constructivo, brusco, inteligente. Su evocación de un cura sevillano en el púlpito —«el cura mastica una plegaria como un pedazo de chewing gum»— no desmerecería de las páginas de *Lampes à arc* o de *Feuilles de température* (*España*, 386, 8 de septiembre de 1923, p. 368).

Un año más tarde, en la revista *Martín Fierro* aparece un artículo firmado por Luis Góngora con el título «Paul Morand» que vuelve a recordar:

(...) Uno de los nuestros, Oliverio Girondo, había entrado ya, por su cuenta, en el mismo sendero innumerable de Paul Morand. Sus *Veinte poemas* es digno hermano de *Poèmes*. La misma torturante obsesión por sugerir, encontrándole el verdadero sentido a las palabras, el mismo cosmopolitismo, exacto punto de vista para enfocar el mundo de hoy. Pero en Girondo, millonario en metáforas, y hasta creo que millonario auténtico (...) complementa sus visiones plásticas, sus aciertos de expresión y sus pinceladas, con un sentido emocional y patético, con un dominio del sentimiento puro que subyuga. Es un poeta. Captura el terror nocturno y lo expresa con motivo fundamental, en unidad y en concordancia perfecta con el valor de la palabra (...) (MF, 4, 15 de mayo de 1924)

Girondo poseía también ese «estómago ecléctico, libérrimo, capaz de digerir, y de digerir bien, tanto unos arenques septentrionales o un kouskous oriental, como una becasina cocinada en la llama o uno de esos chorizos épicos de Castilla», con que la dedicatoria «A “La